



San Roque
Urbano Fos – 1650
Generalitat Valenciana (2000)

San Roque, el peregrino antipestífero de Montpellier.

San Roque es uno de los santos más venerados en Occidente, patrono de los peregrinos y santo antipestífero. Su culto fue muy intenso, especialmente en Francia donde nació.

Sus biografías, de carácter legendario, llegan desde el siglo XIV, aunque se lo conoce más por la devoción popular que se generó tras su muerte, que por las historias referidas a su vida. Hay numerosas versiones; tomaremos para este trabajo conceptos expresados por Miguel Herrero García para el Santoral Franciscano e Iván Torrico Lorenzo para la Revista Digital de Iconografía Medieval.

Roque nació en Montpellier al sur de Francia, en la región de Occitania, cuando el siglo XIII llegaba a su fin. Hijo único del gobernador Juan y su esposa Libera, vasallos de Jaime II de Aragón. Cuando las esperanzas ya eran escasas, llegó un

niño robusto que por ello recibió en el bautismo el nombre de **Roca** y como tenía en su pecho y hombro izquierdo, una cruz rojiza en su piel, lo apellidaron **de la Cruz. Roque de la Cruz.**

A los doce años perdió a su padre y a los veinte perdió a su madre, heredando una cuantiosa fortuna.

“... Una tradición unánime que aceptó, apenas quedó libre y dueño de sí, la Regla de la venerable Orden Tercera de San Francisco y un hecho indubitable lo confirma. Roque abrazó amorosamente la virtud franciscana por excelencia: la pobreza. Vendió todos sus bienes y se los dio a los pobres...” [Herrero García, 1959]

Su meta era peregrinar a Roma. La peste, terrible azote de los pueblos de la Edad Media, se cebaba en la capital del

orbe católico y en las principales ciudades de la Lombardía.

En su marcha por la vieja ruta de La Toscana se encontró con la peste en Acquapendente (Lacio). Allí se detuvo y asistió a los enfermos hasta que disminuyeron los afectados. Al proseguir su camino atendió un nuevo brote en Cesena (Emilia-Romaña) pasando luego a Rímini. Hacía frente al contagio por todos sus flancos haciendo de médico, de enfermero, de herbolario y de sepulturero.

Llega a Roma, finalmente, donde se encontró en una ciudad sin papas, vacía, en silencio y devastada por la enfermedad.

Aquí Roque se pone a la altura de la tragedia, emergiendo a toda hora y en todo lugar entre los apestados, cobrando el prestigio sobrenatural de lo milagroso. Lo que no era más que caridad sin límites, caridad heroica, aparece a los ojos de los enfermos como poder extraordinario de una fuerza taumatúrgica.

Dice Herrero García: *“... Pero la multitud no estaba para teologías. Presa del pavor ante la muerte, aclamaba a Roque como un demiurgo celeste que dispone de poderes de Dios para abrir o cerrar sepulcros. Y Roque, tan humilde como caritativo, huye de Roma, teatro de sus triunfos y de sus aclamaciones y cae en Piacenza, tan incógnito e indocumentado como había entrado en Roma tres años antes ...”*

Es aquí en Piacenza, donde Roque descubre una llaga asquerosa en su carne y se convierte en un apestoso más, tan repelente y despreciado como los que él había arrancado de una muerte segura.

Al ser excluido del hospital y hasta de los muros de la ciudad, se recluye en un bosque cerca en dirección a los Alpes, tratando de morir sin contagiar a nadie. Allí sobrevivió gracias a un perro, que todos los días le llevaba un pan grande y le lamía la herida de la pierna, hasta que un día el dueño del perro, Gottardo Pallastrelli, extrañado por el comportamiento del can, que aseguran se llamaba *Me-*

lampo, lo siguió y descubrió a Roque postrado.

El hombre lo recogió, lo curó y se convirtió en su discípulo.

Casi restablecido, volvió a su ciudad natal, Montpellier, después de ocho años de ausencia, desfigurado por la enfermedad, los trabajos y la penitencia; por lo que nadie lo reconoce ni se acuerda de su nombre.

El país arde en guerras y alguien lo denuncia como posible espía. El Juez lo interroga, Roque responde con el silencio no queriendo dar a conocer su identidad y es recluido en la cárcel pública.

Cinco años transcurrieron, ignorado por todo y de todos, viviendo plenamente el *“solo Dios basta*. Y cuando descansa muerto, en el extremo abandono del mundo, alguien descubre su incógnito, corre la voz de que Roque el noble, el antiguo y generoso magnate ha vuelto a la ciudad y yace muerto en la cárcel.

Fue enterrado con solemnidad a los treinta y dos años sin familia, sin fortuna, sin obra y renegado por los suyos, sin haber hecho otra cosa que dedicarse a los demás, convirtiéndose su tumba en centro de veneración y comenzando su culto de inmediato, extendiéndose rápidamente, en el siglo XV, por toda Europa. [Torrico Lorenzo, 2017]

Dos hechos importantes contribuyeron a que se diera esta situación: el primero fue la decisión del Concilio de Constanza, en 1414, de hacer una serie de plegarias públicas al santo para que cesara una gran epidemia de peste, y la peste cesó. Por otro parte en 1485, sus reliquias fueron trasladadas a Venecia, importante centro comercial y religioso en la Europa de aquel momento y camino de muchos peregrinos que iban a Tierra Santa.

En Italia y Francia se multiplicaron las cofradías dedicadas a San Roque. El culto popular se anticipó a su canonización oficial, que ocurrió en el siglo XVII con el papa Urbano VIII.

En la Edad Media el culto a San Roque, en particular, y a los santos peregrinos y

antipestíferos, en general, se extendió a todos los estamentos de la sociedad, aunque especialmente entre las capas más desfavorecidas, ya que éstas eran

las más vulnerables ante las epidemias y las más numerosas en las peregrinaciones.



*San Roque
Iglesia de San Roque*

Investigación:

www.capillasytemplos.com.ar

Fuentes de consulta:

HERRERO GARCÍA, Miguel – *San Roque de Montpellier (1295-1327)*. Año Cristiano Tomo III, Editorial Católica, Madrid, 1959.

TORRICO LORENZO, Iván- *San Roque, el peregrino antipestífero de Montpellier* , Revista Digital de Iconografía Medieval. Vol. IX, Nº 18, 2017.

ACIPRENSA – *San Roque 16 de agosto*.